

LIBROS >

Erika Fatland, la antropóloga noruega que viaja al fin del mundo para descubrir la humanidad

A través de los libros de la escritora nórdica exploramos geografías inmensas y conocemos las sociedades que viven o han vivido a la sombra de imperios como Rusia, China, India y Portugal

ESCUCHAR EL ARTÍCULO | 10 min. i



Jóvenes kirguisas y mongolas en la sala de lectura de una escuela de formación profesional en abril de 1975 en la ciudad de la URSS denominada hasta 1991 Frunze, ahora Biskek, la capital de Kirguistán.

I. DRONOV (SPUTNIK / EUROPA PRESS / CONTACTO)

ORIOl REGUÉ SENDRÓS

05 AGO 2026 - 05:30 CEST

El fuerte de Nossa Senhora da Conceição, en la isla de [Ormuz](#), está acostumbrado a los bloqueos. Sus cañones, ahora oxidados y esparcidos por la playa, ya estaban anticuados apenas 100 años después de la construcción de la fortaleza. Durante poco más de un siglo habían servido para cobrar derechos aduaneros a los comerciantes y llenar los cofres de los reyezuelos locales y de la Corona portuguesa. Hacia 1600, el sah Abás I había tenido bastante. El fuerte impedía a los persas safávidas comerciar libremente con el resto del mundo. Apoyadas por la flota de la Compañía Británica de las Indias Orientales, las tropas de Abás lo tomaron en 1622. Así terminó el control portugués del golfo Pérsico. Hoy, los cañones del Nossa Senhora da Conceição observan otra lucha por el control del estrecho, donde la cantidad de petroleros que circulan cada día se ha convertido en un termómetro de la tensión entre potencias mundiales.

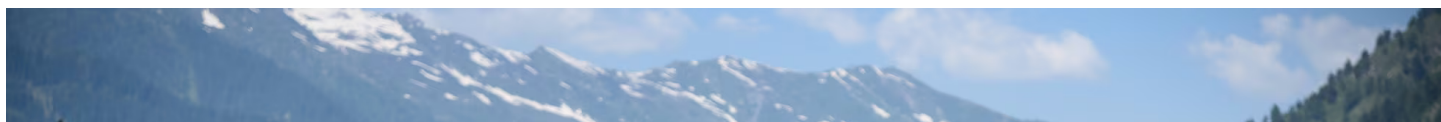
“De las ambiciones del pasado solo quedan piedras”, piensa [Erika Fatland](#), con las ruinas del fuerte portugués de Ternate bajo sus pies. En su cuarto libro publicado en castellano, [Los navegantes](#), dedicado a los rastros que dejó el imperio portugués por el mundo, la exitosa escritora de viajes noruega pasa varios meses recorriendo lo que queda de los 244 fuertes construidos por los portugueses entre los siglos XV y XVII. Todos ellos formaban una compleja red de fortificaciones que iba desde el interior del Amazonas hasta Ternate, en las Molucas, y constituyen el legado más físico y palpable del imperio perdido de Portugal. Fatland no visita Ormuz. Quizás los acontecimientos de los últimos meses habrían modificado su plan original y la habrían llevado hasta unas ruinas que dan profundidad histórica a los conflictos del presente. Alrededor del fuerte, sin embargo, queda poco del legado portugués entre sus habitantes. Fatland busca precisamente ese rastro humano, aquello que las piedras no alcanzan a conservar. Antropóloga de formación, Fatland ha construido sus libros a partir de viajes prolongados, entrevistas breves y una atención constante a la forma en que la historia interviene en la vida cotidiana.

Todos los imperios dejan tras de sí algo más que fortificaciones: monumentos obsoletos, edificios administrativos abandonados, contaminación ecológica y radiactiva, bilingüismo y alfabetización, poblaciones mixtas y una extraña nostalgia entre los dominados. ¿Era mejor antes? ¿Era mejor vivir bajo un paraguas exigente y dominador, pero protector al fin y al cabo? Los legados

imperiales han acompañado a Fatland desde sus recorridos de adolescente por [Rusia, el gran vecino de su Noruega natal](#). Desde entonces ha viajado por sociedades que viven o han vivido a la sombra de Rusia, China, India o Portugal. Sus libros se ocupan de lugares enormes, pero avanzan a través de encuentros breves y conversaciones cotidianas.

En *Sovietistán*, un viaje por las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central, Fatland examina el impacto de la Unión Soviética sobre unas sociedades nómadas que debían transformarse por completo. “Todo debía cambiar”, escribe, “desde el alfabeto hasta el lugar que ocupaban las mujeres en la sociedad, incluso por la fuerza si era necesario”. La Rusia imperial del siglo XIX había permitido que muchas poblaciones conquistadas siguieran organizándose mediante sus mecanismos tradicionales. Las autoridades soviéticas impulsaron una modernización forzosa en cuestiones tan fundamentales como el matrimonio y la igualdad entre hombres y mujeres. Esa igualdad podía ser presentada como una imposición imperialista, y las resistencias locales respondieron reforzando jerarquías y desigualdades de género que pasaron a funcionar como marcas de identidad.

El surgimiento del [ala kachuu](#) (“atrápala y corre”) en Kirguistán es un ejemplo especialmente duro. En una serie de entrevistas, Fatland reconstruye la práctica del secuestro de mujeres con fines matrimoniales. Hay hombres que secuestran por deseo propio, porque sus madres y abuelas se lo ordenan o por la presión de sus amigos. El sistema involucra a familias, imanes y autoridades que toleran la eliminación del consentimiento de las mujeres. Si un hombre no es capaz de someter físicamente y violar a la mujer secuestrada, su masculinidad queda en entredicho. Si duda, desde el otro lado de la puerta insisten: “¿Eres hombre o qué? ¿A qué esperas?”. Una mujer violada deja de ser considerada deseable y, para muchas secuestradas, la única salida es casarse y aceptar su destino. Sus practicantes presentan el *ala kachuu* como una tradición nómada. Fatland aclara que se trata de un fenómeno de los últimos 70 años, vinculado a una reacción identitaria frente al legado modernizador soviético.





Dos hombres trasladan su rebaño de cabras en Gnaderbal (India), en Cachemira, una zona en disputa entre India, Pakistán y China (territorio del Tibet).

IDREES ABBAS (ZUMA PRESS / EUROPA PRESS / CONTACTO)

La posición de las mujeres reaparece en casi todos los lugares que visita. En *Himalaya*, su recorrido por la cordillera y por las sociedades que viven a ambos lados de sus fronteras, Prabina, una joven de Katmandú, cita sin querer a Virginia Woolf. Desea tener una habitación propia y una vida mejor que la de su madre, agredida sexualmente desde los 13 años y maltratada a diario por un marido alcohólico. Asociaciones de mujeres de lugares muy distintos se organizan frente a problemas que se repiten hasta la saciedad. En Mozambique, el parque natural de Gorongosa combina la recuperación del medio natural, la financiación de becas científicas y la intervención en la comunidad. Cerca de un centenar de clubes femeninos intentan evitar que las chicas abandonen la educación y se casen antes de los 15 años.

Fatland consigue adentrarse rápidamente en la vida de la gente. O al menos así lo parece. Sus entrevistas son breves y están editadas con precisión, a veces con una frialdad que deja ver la distancia entre la viajera y sus

interlocutores: “Cuando hube hecho todas las preguntas que tenía en mente y me levanté para irme, Maria me cogió la mano”. A menudo, las personas con las que habla le piden dinero. Después de cuatro libros contruidos en buena medida con este método, Fatland tiene una respuesta preparada:

“Entrecortadamente, le expliqué que mi trabajo era escribir, contarle al mundo cómo se sentía la gente, y que yo no podía pagar las entrevistas”. El lector conoce apenas unas páginas de cada persona y debe confiar en la selección de preguntas, silencios y respuestas que hace la autora. Esa economía narrativa permite avanzar rápidamente por territorios inmensos sin convertir el libro en una sucesión de fichas, pero es un método extractivo que plantea dilemas a la misma autora: “Cuando me fui, sin haberle dado ni siquiera un céntimo, mis principios me parecieron vacíos y teóricos”.

El método funciona. Fatland intercala la dimensión pequeña y personal con la narración histórica y política. En [Los navegantes](#) resulta particularmente interesante conocer las comunidades lusófonas esparcidas por el mundo: los burghers de Sri Lanka, los kristangs de Malaca, los cristianos ocultos de Japón y las comunidades de Goa, Macao o Yakarta. La autora se interesa por la lengua, los rituales, los recuerdos familiares y las distintas maneras de explicar una herencia portuguesa que a menudo se remonta varios siglos atrás. Esos grupos son hoy reductos culturales fascinantes y políticamente inofensivos, porque Portugal ya no es el del siglo XVI. Las diásporas ligadas a imperios actuales, en cambio, son mucho más peligrosas.

[La frontera](#), un recorrido por todos los países que comparten frontera con Rusia, permite observarlas de cerca. En Ucrania, Fatland conoce a tártaros de Crimea y a rusos de Donetsk, personas con largas historias familiares y *kaláshnikov* colgando del hombro, todos se apresuran a aclarar que nadie les paga. Unos luchan por una Crimea independiente; otros por un Donetsk independiente dependiente de Rusia. Las fronteras son omnipresentes en el Himalaya (la cordillera es en sí misma una larga frontera entre grandes poderes). En Cachemira, Pakistán y la India instrumentalizan los sentimientos de la población para reclamar la legitimidad sobre el territorio. Fatland entrevista a familias que han quedado divididas sin moverse de sitio, porque la frontera se desplazó bajo sus pies. La pregunta siempre es la misma, aunque no así la respuesta: “¿Tú qué prefieres? ¿Independencia, Pakistán o India?”. Aún más arriba, en lo más alto de las montañas, la frontera de Aksai

Chin entre la India y China es el campo de batalla más alto del mundo. La situación en la zona es tan tensa que los soldados de uno y otro país no llevan armas. En verano de 2020 se mataron a puñetazos.

Los cuatro libros parten de una geografía reconocible: las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central, la frontera rusa, la cordillera del Himalaya y los restos del imperio portugués. Esa escala da a cada viaje una dirección y permite a Fatland explicar procesos históricos amplios sin perder de vista a las personas que encuentra por el camino. A veces, basta una conversación corta para mostrar cómo una frontera o una antigua expansión imperial siguen afectando a una familia. No podemos viajar a todos los sitios del mundo, y tampoco hace falta. Fatland se encuentra en sus libros con viajeros intrépidos que ven el mundo como una lista infinita de la compra y lo consumen con una voracidad que produce cierto rechazo. Fatland dedica a los lugares el tiempo y las voces que hacen falta para que podamos mirarlos con, por lo menos, un poco de detenimiento. Leer sus viajes es una forma imperfecta de acercarse desde casa a espacios de conflicto y a la gente que sigue viviendo entre sus restos.